

Trascendencia americana de Valle-Inclán

FERNANDO CAMPOS HARRIET

Secretario General
del Instituto de Chile.

A veces era el luminoso romántico de *Las Sonatas* y entonces sus palabras vestían el traje de cola de la suntuosidad. Esta exuberancia estilística le hace cavilar: en *La Lámpara Maravillosa* exclama: ¡Yo voy cavando una fosa en donde enterrar esta hueca y pomposa prosa castellana! La musicalidad y sonoridad del español le tientan, y en su época es el alto maestro del idioma, el orífe de *Romance de Lobos*. Pero hay un matiz que le diferencia de la prosa llamada castiza del decimonono y lo acerca, a la vez, a los grandes clásicos españoles del siglo de oro y a los franceses de todas las épocas: la precisión, la claridad, la flexibilidad.

“Hay en las palabras una música externa y una música interna”, decía en *La Lámpara*. Indudablemente, su oído finísimo percibía ambas y su prosa era la suma de esa armonía. Era además un gran pintor idiomático: sus palabras tienen colores, luces, gemas. El lenguaje de Valle-Inclán es plástico y va desde la fina acuarela al modo italiano de *Las Sonatas*, hasta el aguafuerte impresionista, a la manera de Goya, de las *Comedias Bárbaras*. Pero es en las novelas de la guerra carlista, en *Gerifaltes de Antaño* o en *El Resplandor de la Hoguera*, donde tal vez habría que buscar los más ricos trozos de su estilo.

Su última época lo lleva a una nueva modalidad: abandonada en los arrecifes rubendarianos la barca romántica de *Cuento de Abril* o de *La Marquesa Rosalinda*, su ojo de artista lleva a la literatura una visión deformada, irónica, de los seres y las cosas, que va desde la línea sutil de la caricatura a la grotesca de la farsa: Crea el *Esperpento*.

Es el mundo visto en un espejo cóncavo. Allí quedan reflejadas escenas de la historia decimonónica. Carlista empedernido, traza la "vera efigie" de doña Isabel II, *La Generosa*, pomposa y gachona, regia y plebeya, paseando su mantón de flecos por las verbenas; en las páginas de su *Farsa y Licencia de la Reina Castiza* o en *La Corte de los Milagros* queda la magnífica pintura de esa época frívola y etiquestera, que deja un vano recuerdo de chafados visajes, plumas, bandas y entorchados.

Siendo joven, anduvo Valle-Inclán por tierras mexicanas y le hechizó el paisaje y la gente criolla: la geografía física y la humana. Su *Sonata de Estío* pasa en México: allí son figuras arquetipos *La Niña Chole* y el General Diego Bermúdez. La novela pinta el México tropical y ardiente que duerme a la sombra de las antiguas pirámides mayas.

Veamos la descripción de un paisaje: "Cabalgué y partimos. El horizonte relampagueaba. Un vago olor marino, olor de algas y brea, mezclábbase por veces al mareante de la campiña, y allí, muy lejos, en el fondo oscuro del Oriente, se divisaba el resplandor rojizo de la selva que ardía. La naturaleza, luxuriosa y salvaje, aún palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera fecundada. En aquellas tinieblas pobladas de susurros nupciales y de moscas de luz que danzan entre las altas yerbas, raudas y químéricas, me parecía respirar una esencia suave, deliciosa, divina: La esencia que la madurez del Estío vierte en el cáliz de las flores y en los corazones".

Y este otro: "Solamente me quedaban algunas horas para recorrer aquel villaje indio. De mi paseo por las calles arenosas de San Juan de Tuxtlan conservo una impresión somnolente y confusa, parecida a la que deja un libro de grabados hojeado perezosamente en la hamaca durante el bochorno de la siesta. Hasta me parece que cerrando los ojos, el recuerdo se aviva y cobra relieve. Vuelvo a sentir la angustia de la sed y el polvo: atiendo el despacio ir y venir de aquellos indios ensabanados como fantasmas, oigo la voz melosa de aquellas criollas ataviadas con graciosa ingenuidad de estatuas clásicas, el cabello suelto, los hombros desnudos, velados apenas por rebocillo de transparente seda".

"Aun a riesgo de que la fragata se hiciese al mar, busqué un caballo y me aventuré hasta las ruinas de Tequil. Un indio adolescente me sirvió de guía. El calor era insopportable. Casi siempre al galope, recorri extensas llanuras de Tierra Caliente, plantíos que no acababan nunca, de henequen y caña dulce. En la línea del horizonte se perfilaban las colinas de configuración volcánica revestidas de maleza espesa y verdinegra. En la llanura los chaparros tendían sus ramas, formando un a modo de sombrilla gigantesca y sentados en rueda, algunos indios devoraban la miserable ración de tamales. Nosotros

seguíamos una senda roja y polvorienta. El guía, casi desnudo, corría delante de mi caballo".

"Sin hacer alto una sola vez, llegamos a Tequil. En aquellas ruinas de palacios y de templos gigantes, donde crecen polvorientos sicomoros y anidan verdes reptiles, he visto por primera vez una singular mujer a quien sus criados indios, casi estoy por decir sus siervos, llamaban dulcemente la Niña Chole. Me pareció la Salambó de aquellos palacios. Venía de camino hacia San Juan de Tuxtlan y descansaba a la sombra de una pirámide, entre el cortejo de sus servidores. Era una belleza bronceada, exótica, con esa gracia extraña y ondulante de las razas nómadas, una figura hierática y serpentina, cuya contemplación evocaba el recuerdo de aquellas princesas hijas del sol, que en los poemas indios resplandecen con el doble encanto sacerdotal y volíptuoso. Vestía como las criollas yucatecas, albo hipil recamado con sedas de colores, vestidura indígena semejante a una tunicela antigua, y zagalejo andaluz, que en aquellas tierras ayer españolas, llaman todavía con el castizo y jacaresco nombre de fustán. El negro cabello caíale suelto, el hipil jugaba sobre el clásico seno. Por desgracia, yo solamente podía verle el rostro aquellas raras veces que hacia mí lo tornaba, y la Niña Chole tenía esas bellas actitudes de ídolo, esa quietud extática y sagrada de la raza maya, raza tan antigua, tan noble, tan misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la Asiria".

Tirano Banderas, en la línea del esperpento, es la visión de la época de un dictador centroamericano, novela de política tropical. Escrita hace ya cuarenta años, fue la primera que inicia una serie de novelas de autores americanos, que tienen por principal personaje a un dictador criollo.

Tirano Banderas es un "arquetipo". Muchos otros siguen este tema iniciado por Valle-Inclán, hasta llegar al *Otoño del Patriarca*, de García Márquez.

En *Tirano Banderas* Valle-Inclán emplea un lenguaje que recoge un gran número de vocablos usados en Centroamérica y en la América tórrida. Los mezcla con la mayor naturalidad con el léxico castellano tal como allí se habla. Ello implica, para el gran escritor español, un agudo esfuerzo de captación y un minucioso estudio del significado de los términos. Contribuye esta actitud al empeño de las altas autoridades del idioma por mantener el ancestral lenguaje castellano como idioma único de la Hispanidad, incorporando a él voces criollas, cuando no autóctonas, usadas en las regiones vernáculas y enriqueciéndole, una vez más, con este aporte.

Los críticos, sus contemporáneos, auguraban a la literatura de Valle-Inclán una muerte precoz. Tachábanla de preciosista, de exquisitamente

3^o Emilio Lózaro y Moro

Ferraz, 33.

3^o Gómez Blanco

9^o Grigueros

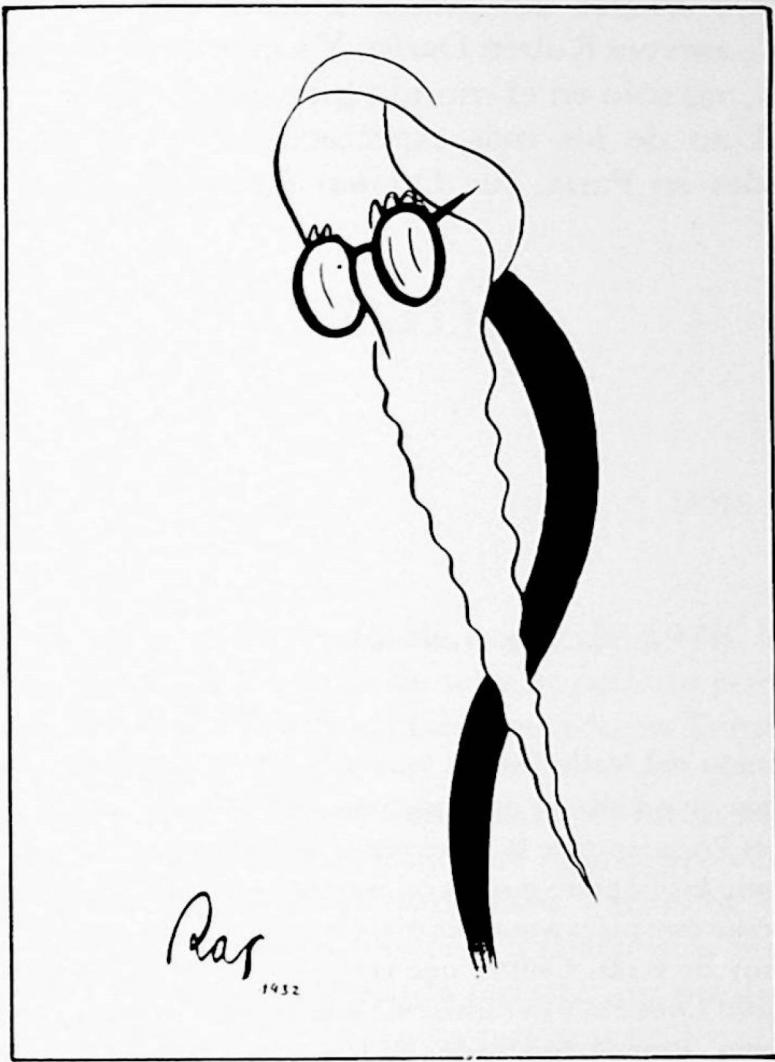
11^o

3^o 45 Ramón del Valle-Inclán



3^o 6 Menéndez Pidal

11^o Pintadua



Valle-Inclán, visto por el famoso caricaturista Eduardo Robles Piguer, conocido en todo el mundo hispánico por su seudónimo RAS.

refinada, de caprichosa. Pérez de Ayala la comparaba con una riquísima tabaquera de oro y piedras preciosas, olvidada sobre el mármol de una chimenea, o a una planta de flor de delicados colores y delicioso aroma, que diera cada vez un pétalo más débil, más descolorido y distante. Sólo una que otra voz profética presintió la robusta permanencia de un poeta más grande que Ibsen y que D'Annunzio.

Había fingido no preocuparle la opinión ajena: "Sé como el ruiseñor que no mira a la tierra desde la rama verde donde canta", aconsejaba en *La*

Había fingido no preocuparle la opinión ajena: "Se como el ruiseñor que no mira a la tierra desde la rama verde donde canta" aconsejaba en *La Lámpara*. De aquí también sus arrebatos místicos, que contrastan con los sensuales cuadros, llenos de vida y de color, que alumbran su obra.

“Yo le he visto sacarse del pecho la saeta que le clavaban los siete pecados capitales”, asevera Rubén Darío. Y a cuarenta años de su muerte, su voz sigue sonando, no sólo en el mundo hispánico, sino en el corazón de la Francia de hoy: Uno de los más espectaculares estrenos de las últimas temporadas teatrales en París, fue *Divinas Palabras**.

*La firma de Ramón del Valle-Inclán, que se publica para ilustrar este artículo, está contenida en una página de un álbum de autógrafos de famosos escritores contemporáneos, del que es propietario el Presidente de la Academia Chilena de la Historia, Sergio Fernández Larraín, y que el reputado bibliógrafo guarda celosamente en su magnífico archivo documental, poniendo gentilmente esta pieza a nuestra disposición, para su publicación en ATENEA, lo que agradecemos muy de veras. Ocurre que en la misma página del álbum, ya referida, están las firmas de Emilio Cotarelo y del insigne historiador y literato, no ha mucho tiempo fallecido casi octogenario, Ramón Menéndez Pidal, quien dirigió por largos años la Real Academia Española. Es pues, esta página, un tesoro bibliográfico. Lo más curioso es que allí vemos la firma de Valle-Inclán y la de Emilio Cotarelo y Mori, célebre literato y lingüista que fue Secretario Perpetuo de la Real Academia Española. En alguna ocasión Cotarelo reprochó a Valle-Inclán ciertas libertades lingüísticas, por lo que el poeta, en su libro de versos titulado *La Pipa de Kif*, dice en una estrofa:

“Por la divina primavera
me ha venido la ventolera
de hacer versos funambulescos
—un purista diría grotescos—
con el aire de extravagancia
que Banville ha tenido en Francia.
Cotarelo la sien se rasca,
pensando si el diablo lo añasca...
... Y con un guiño a burto de Maura
me responde Clemencia Isaura”.

Maura era Director de la Real Academia Española, a la sazón.